

obra artística no es su esencia artística, sino la medida en que están representados allí los amores, los odios, las penas, las alegrías, recuerdos y pasiones del vecdor, en definitiva la medida en que la obra y el espectador sintonizan. Así el arte romántico lograba la máxima simpatía de las gentes, mientras el arte nuevo, empeñado en la tarea de encontrar su propia parezo, desdenando el halagar los gustos y las pasiones ajenas, recreándose incluso en ser incomprensido por las gentes, es un arte asintónico. Y en psiquiatría, en la psiquiatría que gira en torno a las dos grandes síntesis nosológicas de *Kraepelin*, nosotros decimos que es propio del temperamento sintónico—al borde de la psicosis maniaco-depresiva—el gozar y sufrir y sentir a tono con el ambiente, y que opuestamente, es propio del esquizotímico—y del esquierfrénico—el desentenderse de su alrededor, el que el ambiente, si llega a él, le deje frío.

Así, pues, la pintura de los tiempos todavía modernos tiene un cierto sentido esquizofrénico porque no sintoniza con el espectador; pero, más aún, a mi modo de ver, porque sale de dentro del artista—con el sentido alógico de que habló aquí *Montero Díaz*—despreocupado de un parecido real, simbolizando su estructura íntima, como por un proceso de autismo. El pintor expresionista, sin ser esquizofrénico, entorna los ojos y pinta su propio mundo de ensueño.

Al llegar aquí vale la pena frenar un poco y recapitular. ¿Es, entonces, que en los últimos tiempos no hubo más pintores que los esquizofrénicos, o es que hace falta estar loco para pintar? Me parece que hará mal quien quiera obtener, de cuanto se ha dicho, una conclusión tan exagerada. Ni el arte infantil, ni

